

-Aquí están los teléfonos- dijo la señora Rodríguez- estaremos fuera casi toda la noche, de modo que si te entra sueño puedes cerrar la puerta con llave y echarte en la cama auxiliar. No te olvides de comprobar que todas las luces estén apagadas-.

"¿Se cree que soy idiota?" pensó Marta. Esbozó una sonrisa falsa.

-Claro que sí, señora. No se preocupe-.

La señora Rodríguez no se movió del sitio. Cada vez que se agitaba, aunque fuera levemente, escapaba de ella una vahada de perfume que hacía que Marta se marearse.

-Ya están cenados- siguió diciendo- ocúpate sobre todo de Nicolás. Alberto tiene catorce años, así que dudo que te dé algún problema. Le dejaríamos al cuidado de su hermano, pero... bueno, ya sabes cómo son los niños. Nicolás es un niño muy impresionable, con una imaginación muy viva, y su hermano se empeña en atormentarle. Ni se te ocurra dejar que le cuente una historia de miedo, o luego no podrá dormir en toda la noche-.

-Sí señora- contestó Marta, que a la que al la que a la que empezaba a costarle trabajo disimular su impaciencia. Llevaba un año entero haciendo de canguro habitualmente, lo había dejado bien claro en el anuncio. ¿Por qué aquella mujer se empeñaba en darle indicaciones estúpidas? ¿De verdad pensaba que iba a permitir que Alberto le contara cuentos de miedo a su hermano de ocho años?

Su marido abrió la puerta e hizo un gesto de impaciencia. Finalmente, la mujer pareció darse por vencida.

-Adiós, querida- dijo, y se giró hacia la puerta.

Cuando el matrimonio hubo desaparecido, Marta abanicó el aire frenéticamente.

"Dios, qué olor tan repugnante. ¿De verdad hay gente que paga por oler a esto?".

Se encaminó hacia el interior de la casa. A juzgar por su vivienda, a aquella familia le iba bien. El largo y amplio pasillo con suelo de parquet, las elegantes lámparas doradas y las amplias y ornamentadas habitaciones no tenían nada que ver con el piso destartado en el que Marta vivía con sus padres al otro lado de la ciudad.

-¡Eh, tú!- exclamó una voz.

Marta se giró. El niño mayor, Alberto vestido con un pijama del Real Madrid, le hacía señas desde su habitación.

-Me voy a quedar jugando al ordenador. No me molestes-.

-No hay problema- dijo Marta- no hagas mucho ruido...

El portazo acalló el final de sus palabras.

-¡Marta!- la canguro oyó la voz infantil que la llamaba y se dirigió hasta la habitación de Nicolás.

El niño, delgado de por sí, parecía aún más diminuto en aquella enorme cama. Su cuarto era lo que cualquier niño podría desear; lleno de juguetes hasta los bordes, con una casita al fondo, lo bastante grande como para que un niño de su edad pudiera meterse dentro para jugar en ella, y unas paredes llenas de coloridos pósters de personajes de Disney.

-Marta, ¿me lees un cuento?- pidió el niño- es que me da miedo dormirme solo-.

-Claro- dijo Marta, sonriendo. Había tenido que lidiar con críos difíciles en su trabajo, pero aquel tenía pinta de bueno. No le causaría muchos problemas.

-¿Por qué te da miedo dormir solo?- le preguntó. Sabía por experiencia que una historia divertida sobre sus miedos podía hacer que los niños se olvidaran de ellos. Nicolás la miró durante unos segundos con sus grandes ojos marrones, como si estuviese evaluándola. Finalmente se decidió.

-Hay un monstruo en mi armario- dijo.

Marta tuvo que contenerse para no sonreír. ¿Sólo eso? Era el miedo más común en los niños.

-Nicolás, ¿no sabes que los monstruos no existen?-.

-Sí que existe- dijo el niño- yo lo he visto-.

-Y supongo que entonces te da miedo tu armario y nunca te acercas a él, ¿no?- .

-No me acerco a él, porque si no el monstruo me coge- explicó el niño.

-Bueno- dijo Marta, levantándose del borde de la cama- en tu armario no hay ningún monstruo, Nicolás. Y si hay alguno, yo te lo espanto. Pero ya verás que no hay ninguno-.

Se dirigió al armario y abrió las puertas. ¿Ves como no hay nada? Iba a decir, pero el alarido del niño hizo que las palabras se desvanecieran en su garganta.

-¡No!- aulló el niño con voz aterrada- ¡no hagas eso! ¡le vas a dejar salir!-.

Marta se giró hacia él, desconcertada. El niño se había puesto blanco.

-¡Nicolás, por favor!- exclamó, yendo hacia él- ¡cálmate! ¡No hay ningún monstruo! El armario está vacío. ¿No ves...

Los ojos del niño se abrieron hasta casi salirse de las órbitas.

-¡Le has dejado salir!- chilló- ¡ha salido!-

Marta abrió los ojos en la oscuridad. Tras unos segundos de soñolienta confusión, encendió la esfera luminosa de su reloj. Eran las tres y media de la mañana. El niño no iba a dar problemas, había pensado. Ja. Había tardado dos horas en calmar al crío. Hasta el hermano mayor salió de la habitación para preguntar qué le estaba haciendo a su hermano. Había tenido que leerle tres cuentos, darle un vaso de agua y prometerle varias veces que no iba a dejar que el monstruo se le acercara antes de que Nicolás dejara de temblar. No se había dormido hasta otra hora después.

"Jodido niño, hay que ver qué imaginación" pensó, bostezando "parecía que le estuvieran matando..."

En ese momento, se dio cuenta de por qué se había despertado. Estaba muerta de sed. Apartando la manta a un lado, se levantó y se dirigió a la puerta. Su mano se dirigió automáticamente al interruptor de la luz del pasillo, pero se detuvo antes de encenderla. La madre se lo había advertido. Si encendía la luz, Nicolás se despertaría, no podía dormir si no estaba completamente a oscuras. Y si despertaba, Marta temía que tendría que estar otra hora convenciéndole de que no había monstruos acechando.

La joven salió al pasillo. La casa entera estaba sumida en la oscuridad, pero Marta sabía que la cocina estaba al final del largo pasillo. Descalza para no hacer ruido, comenzó a caminar.

*Sssshhhh*

Marta se giró como movida por un resorte. Algo se acababa de mover a sus espaldas.

-¿Alberto?- preguntó bajito.

Silencio.

*Es el monstruo del armario.*

"Marta, por Dios, no seas idiota"... meneó la cabeza y continuó andando. Entonces, sonó el sonido otra vez a sus espaldas. Más fuerte. Y esta vez, algo le rozó la espalda.

Un breve grito escapó de los labios de la chica.

-¿Qué coño es eso?- masculló.

Al notar cómo el corazón le latía a toda velocidad. Se reprendió por estúpida. Ella nunca había tenido miedo a la oscuridad. ¿Por qué entonces le temblaban los dedos, por qué sentía el sabor salado del miedo en la garganta, por qué no paraba de recordar la palidez mortal del rostro de Nicolás? ¿Tanto le había impresionado el miedo del niño?

Marta tragó saliva. Tenía mucha sed, y, aunque la idea de volver a la cama auxiliar y cubrirse con la sábana se le antojaba cada vez más sugerente, la imagen mental de un vaso lleno de agua fresca eliminó esos pensamientos.

"¿Quieres el agua o no, idiota? Hace falta ser estúpida para asustarte por sentir *(que una cosa se arrastra a tus espaldas)* un ruido tonto".

En ese momento, volvió a oír algo. Ya no era un siseo. Era algo más parecido a un... gruñido. Y había sonado a su lado, no detrás. Marta dio un respingo y sus ojos escudriñaron la oscuridad. De súbito, las sombras ya no le parecían tan inofensivas como antes. La penumbra tornaba traicionera la silueta de los objetos. ¿Era un sofá aquello que se perfilaba al fondo? ¿Se habían movido las cortinas por las que entraba la débil iluminación de la noche?

*Mierda, mierda, mierda, contrólate ve a por el puto vaso de agua y contrólate de UNA VEZ*

Porque los monstruos no existían, ¿verdad? Claro que no, el pánico de aquel niño, aquellos ojos que casi se salían de las órbitas, eran sólo una tontería infantil, y si ahora ella iba a por agua a la cocina y atravesaba el pasillo no significaba que aquello la estuviera esperando...

-Los monstruos no existen- masculló, intentando darse valor al oír su propia voz. No obstante, aquello produjo el efecto contrario. Al sentir cómo la oscuridad engullía su voz, de pronto se sintió muy sola... y muy pequeña. La saliva se convirtió en cristal líquido en su garganta.

Dio dos pasos más, y se volvió a detener. Esta vez lo había visto. Algo se había movido, estaba segura.

*A la de tres correré.*

*¿Y si se despiertan los niños?*

*A la mierda con los niños.*

La oscuridad era espesa, casi viva.

Gggggggggg

El corazón le dio un salto de pánico a la vez que echaba a correr. No pasaron más que unos segundos hasta que se dio contra la puerta de la cocina, pero le parecieron eternos. Los dedos tantearon frenéticamente la pared en busca de un interruptor. Pensaba que no lo encontraría, pero de pronto apretó algo, y la cocina se llenó de luz. Y la luz le mostró que estaba sola. Casi llorando de alivio, Marta se apoyó en la pared. *Ves, ahora que hay luz te das cuenta de que no pasa nada, tonta*, le decía la parte racional de su mente.

No obstante, se dio cuenta de que acababa de decidir que se iba a quedar en la cocina con la luz encendida hasta que llegaran los padres de los niños, aunque lo hicieran a las siete de la mañana. Tal vez era una imbécil, pero era un imbécil que no iba a volver a cruzar aquel maldito pasillo. Tomó un vaso, abrió el grifo, y vio el agua corriendo por el fregadero. El agua había sido la culpable de todo, la que la había despertado, la que la había forzado a cruzar la casa en medio de la oscuridad, pero, cuando Marta sintió cómo el líquido le corría por la garganta, no sintió rencor sino alivio. El agua le quitaba la sed, le aliviaba la garganta y los miedos, le tranquilizó el corazón.

En ese instante tuvo la completa certeza de que había algo detrás de ella. Se separó el vaso a medio llenar de la boca, convertida de nuevo en piedra su garganta. No oía ningún sonido, no notaba ni el más leve roce... pero había algo detrás de ella.

Sintió enfado consigo misma. Ya estaba bien de aquellas gilipolleces. Aquella tontería había ido demasiado lejos. No iba a dejarse llevar por los miedos de un crío de ocho años. Apretó los labios y se giró.

Alberto creyó que estaba teniendo una pesadilla, pero cuando se incorporó en la cama los gritos continuaban. Por su mente cruzó la imagen de su hermano... pero pronto se dio cuenta de que era la chica. Al salir de su habitación, vio que la luz de la cocina estaba encendida. Pensando que la chica se había cortado con algo al tomar un bocado, echó a correr para auxiliarla.

Cuando llegó, se quedó clavado en el suelo. La chica no se había cortado con nada, pero la imagen que tenía frente a él iba a tardar mucho tiempo en irse de sus pesadillas. Porque Marta estaba allí, al lado del fregadero, y su cabello castaño se había vuelto blanco como la nieve. Las manos engarfiadas aferraban en el aire algo inexistente mientras la expresión de su rostro deforme cambiaba a cada segundo, porque estaba riendo y llorando a la vez. Clavó los ojos en el muchacho, pero él comprendió que ya no podía verle, porque en esos ojos no quedaba rastro alguno de cordura.

A sus pies, esparcidos en medio de un charco de agua, se dispersaban fragmentos de cristal transparente.